

(Chorizo)

CUENTO N° 120

TÍTULO: LA GOLONDRINA DE CHORIZO

SEUDÓNIMO: CHORIZO

AUTORA: JUANITA CARMEN BROWNE SOUBLETTE

(Chorizo)

LA GOLONDRINA DE CHORIZO

¡Ya llegó el Chorizo, señora!

Era el grito de la Eglantina Vallejos, nuestra mamá que subía agitada las escaleras anunciando la llegada del camión de mudanzas de Chorizo Alvarado quien se encargaba de llevarnos las cosas para el veraneo a Limache. Su verdadero nombre era Ruperto Alvarado y le decían “Chorizo” porque vendía los ricos chorizos y longanizas que traía de Chillán cuando iba a ver a su madre todos los meses.

Medía un metro ochenta, buena cara y un gran mostacho a la italiana que hacía suspirar a la Eglantina por lo buen mozo y forzado.

A Chorizo también le gustaba la Eglantina, se notaba por la gentileza con que la trataba: “¡Cómo no, Eglantinita!” le decía a todo lo que ella le pedía. Ella por su parte, también le correspondía secretamente, porque sonreía y le decía “Caballero”. Se veía que se entendían muy bien.

Para mi madre, la Eglantina Vallejos era una santa por la paciencia que tenía con nosotros. Estaba segura que su santidad provenía de su devoción a la Virgen del Carmen a quien la tenía retratada en un cuadro a todo color, al lado de su cama, sentada en medio del infierno, sacando a los pecadores que se retorcían desesperados en medio de las llamas enormes. Nos impresionaba mucho mirarla en esa tremenda hoguera y le pedíamos que no nos enfermáramos y que saliéramos bien en los exámenes.

(Chorizo)

Mi madre, por otra parte, admiraba mucho al Chorizo y afligida le decía: “Chorizo, no hagas tanta fuerza que te vas a reventar”.

El camión del Chorizo era muy especial. Un Ford del año 30, color sangre de toro, pintado a mano. No tenía barandas y era alfombrado. En las puertas, sendos letreros con su nombre con letras góticas, que decían “RUPERTO ALVARADO, FLETES INTERCOMUNALES” y esquinado, chiquito con letra minúscula, “Luisa”, el nombre de su madre.

Era una camioneta medio enclenque pero muy lustrada, con ruedas de goma planas, que al avanzar adheridas al pavimento, emitían un ruido parecido a las papas fritas friéndose en aceite hirviendo.

Era una fritanga ambulante.

Las vacaciones, para nosotros, comenzaban cuando llegaba el Chorizo y su camión. Él tenía todo un rito antes de empezar a trabajar: se ponía un cinturón ancho, el amuleto que según él le daba fuerzas para cargar colchones, somieres, mesas, sillas y bicicletas, que levantaba como plumas. Allí lo esperaba Raúl, su hijo, quien equilibraba la carga y era tuerto. Decían que había perdido el ojo en una pelea de faldas en Linares.

Cuando partieron a Limache el camión parecía del Circo de las Aguilas Humanas, por el volumen del bulto, las fritangas de las ruedas, los ladridos del Moro nuestro perro, que iba parado encima, ladrando a todo dar.

(Chorizo)

Al Raúl le tocó irse atrás, agarrado de la máquina de coser de mi madre para no caerse, porque a la Eglantina se le puso irse adelante con el Chorizo.

Con mi madre, nos fuimos en el tren “El Rápido” para llegar antes que el camión.

El viaje era para nosotros lo más entretenido que hay. Gozábamos con la procesión de vendedores que hacían su aparición en el trayecto.

Cuando el ritmo del tren era parejo, con gran estruendo se abría la puerta, apareciendo primero el vendedor de las bebidas. ¡“Malta, Bilz y Pirsener”! era su estribillo, avanzando por el pasillo y empujando su canasto con la rodilla, haciendo tintinear las botellas, tapadas con un paño harinero.

Luego pasaba el de los pasteles de La Ligua y Sustancias de Chillán. Alfajores, Empolvados y Príncipes, que eran una yesca de secos y a pesar del peligro de morir asfixiados, los comíamos felices.

Cuando llegábamos a Peña Blanca, después del túnel, el tren paraba un buen rato. Entonces, una nube de palomitas blancas invadían el andén, ofreciendo cosas deliciosas que todo el mundo compraba para llevar. Eran muy bonitas y simpáticas, con sus delantales y gorritos blancos, con sus canastos con manteles bordados, llenos de frutas secas, mermeladas, queques, manjar blanco, dulce membrillo y nueces.

Después del segundo túnel aparecía el Inspector, con su impecable terno gris, gorra negra con visera y un cintillo que decía FFEE (Ferrocarriles del Estado).

(Chorizo)

Con modales elegantes, pedía los boletos y los tiqueaba con un alicate de plata y una sonrisa acogedora. Era para nosotros, el dueño del tren. Su aparición nos anunciaba ya el fin del viaje.

Ordenadamente bajábamos en la Estación de Limache, que nos recibía esplendorosa, con su linda enredadera de la pluma.

Nuestra Quinta quedaba muy cerca de la Estación y siempre nos íbamos caminando, preparándonos para lo que gozaríamos con los primos que nos esperaban ansiosos. Ya nos imaginábamos las excursiones al cerro, la pesca en el estero, las salidas del sol en la madrugada, las carreras a caballo y las guerrillas con honda.

Esa vez, cuando doblamos la esquina, cuál no sería nuestra sorpresa de ver instalada frente a la casa, la golondrina del Chorizo y sus acompañantes, todos echados para atrás, comiendo fruta y muertos de la risa, porque nos habían ganado.

Como no nos quisieron decir qué atajo tomaron para llegar tan rápido, sospechamos que fue la Virgen del Carmen que hizo el milagro de ponerle alas a la golondrina de Chorizo o propulsión a chorro.

////////////////////////////////////